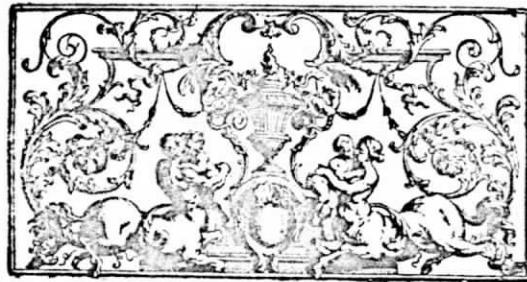


y Diógenes a todos, satisfecho,
al pasar les decía: —¡Buen provecho!—
Por último, a Plutón y Proserpina
llegó a ver en la cama,
armando, al engendrar, tal tremolina
entre sulfúrea llama,
que sus varias y bellas contorsiones
imitaban culebras y dragones.
En vez de semen, alquitran vertían;
moscardas les picaban;
los fétidos alientos que espelían
el Averno infestaban;
y, por suspiros, daban alaridos,
de su placer furioso poseídos.
Aquí exclamó Diógenes (y acaba
su relación con esto):
—¡Qué bien hacía yo cuando engendraba
públicamente puesto!
¡No ocultéis más, mortales, un trabajo
que hacen diablos y dioses a destajo!



LA MEDICINA DE SAN AGUSTÍN

En la ciudad alegre y renombrada
que riega, saltarín, Guadalmedina,
empezó a padecer de mal de orina
una recién casada
de edad de veinte años,
a quien vinieron semejantes daños
de que su viejo esposo,
setentón luxurioso,
por más esfuerzos que a su lado hacía
y con sus refregones la impelia
al conyugal recreo,
jamás satisfacía su deseo,
quedando a media rienda el pobrecito
con un moco de pavo tan maldito,

que la moza volada
enfermó de calor. ¡Ahí que no es nada!
Era harto escrupulosa
la requemada esposa,
y, por calmar su ardor la Penitencia,
frecuentaba los santos sacramentos
pensando que aliviaran su conciencia
ciertos caritativos argumentos
con que un fraile agustino
daba lecciones del amor divino.

Refirióle afligida
las fatigas que el viejo impertinente
su esposo, aunque impotente,
la obligaba a sufrir, y que encendida,
después que la atentaba
y de asquerosas babas la llenaba,
en el critico instante
la dexaba ardorosa y titilante.

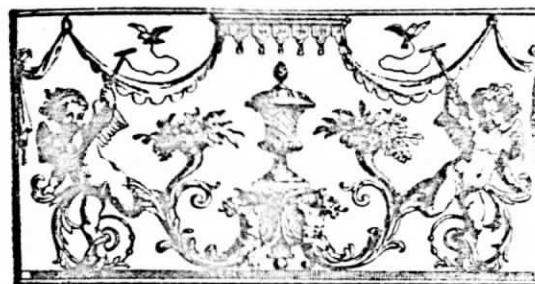
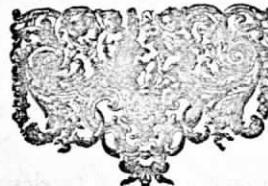
(Y aquí, lector, nouento
lo que también contó de un sordo viento
fétido y asqueroso
que espelía en la acción su anciano esposo,
caliente y a menudo:
mas por mí no lo dudo,
porque la edad en tales ocasiones

afloxa del violín los diapasones.)
Volvamos sin tardanza
al agustino, que entendió la danza
y la dixo:— Esta tarde
a solas quiero, hermana, que me aguarde
en su cuarto, y haré que el mal de orina
se le cure con una medicina
que el gran padre Agustín, santo glorioso,
a nuestra religión dexó piadoso.—

En esto concertados,
el bravo confesor y la paciente
a la tarde siguiente
en una alcoba entraron y, encerrados
allí, Su Reverencia
a la joven curó de su dolencia
con un modo suave
y al mismo tiempo vigoroso y grave.

Entre tanto, el esposo
con un médico había, cuidadoso,
consultado los males
que su muger sufria tan fatales
y a su casa consigo le traía
a tiempo que salía
de ella el buen confesor, gargaxeando
y de la fuerte operación sudando.

Sin detenerse el viejo en otra cosa,
entró y dixo a su esposa:
—Mira, hijita, qué médico he buscado,
que dejará curado
ese tu mal de orina
aplicándote alguna medicina.—
Y ella al galeno entonces, muy serena,
dixo:— No es menester, que ya estoy buena;
mi enfermedad penosa
ha cedido a la fuerza milagrosa
que San Agustín puso en los pepinos
de los robustos frayles agustinos.



ONCE Y TRECE

PRIMERA PARTE

Con un robusto frayle carmelita
se confesaba un día una mocita
diciendo:— Yo me acuso, padre mío,
de que con luxurioso desvarío
he profanado el sexto mandamiento
estando con un frayle amancebada;
pero ya de mi culpa me arrepiento
y espero verme de ella perdonada.—
—¡Válgame Dios! (el confesor responde,
encendido de cólera). ¿Hasta dónde
ha de llegar el vicio en las mugeres,
pues sacrilegos son ya sus placeres?
Si con algún segral trato tuviera,

no tanta culpa fuera;
 mas con un religioso... Diga, hermana:
 ¿qué encuentra en él su condición liviana?—
 La moza respondióle compungida:
 —Padre, hombre alguno no hallaré en mi vida
 que tenga tal potencia:
 sepa Su Reverencia
 que mi frayle, después que me ha montado
 trece veces al día, aún queda armado.—
 —¡Sopla! (dijo admirado el carmelita).
 ¡Buen provecho, hermanita!
 De tal poder es propio tal desorden;
 de once... sí... ya los tiene nuestra orden
 cuando alguno se esfuerza...
 ¡pero trece!... Gerónimo es por fuerza.

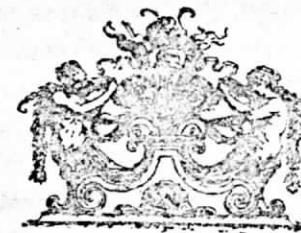
SEGUNDA PARTE

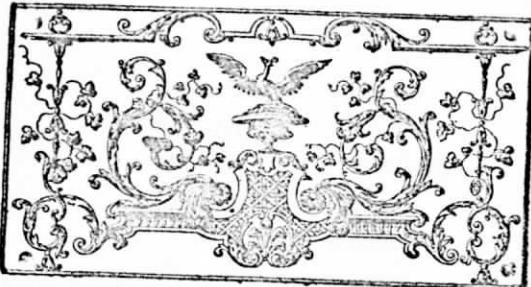
La casa de una moza visitaba
 un gerónimo grave, con frecuencia,
 y en ella muchas veces exaltaba
 de su orden poderosa la escelencia.
 Entre las propiedades que elogiaba
 con más grave fervor Su Reverencia
 era la de las fuerzas genitales,

en que son los gerónimos brutales.
 —Ya sé (dijo la moza) que infinitas
 son las fuerzas de tropa tan valiente,
 pues de los monacales las visitas
 sacian a la devota más ardiente:
 si hacen once los padres carmelitas,
 los gerónimos trece comunmente;
 pero trece, por más que se pondera,
 es docena de frayles cualesquiera.—
 —Ese refrán no prueba lo bastante
 (el gerónimo dijo, algo picado);
 mas un convenio hagamos al instante
 que mi instituto dexe acreditado,
 y es: que, después que juguetón y amante
 la docena del frayle te haya echado,
 por cada vez de más que te lo haga
 una onza de oro me darás en paga.—
 —Está muy bien; acepto ese partido
 (la moza replicó); mas convendremos
 en que si de las trece que ha ofrecido
 falta alguna, la falta ajustaremos
 a onza de oro, qual yo lo he prometido.—
 —Sea en buen hora y juntos dormiremos
 (respondió el reverendo, complacido),
 pues si esta noche en mi convento falto

es para conseguirle honor más alto.
 Hecho el trato, a las doce se acostaron;
 matan la luz, empiezan las quimeras,
 y ocho postas seguidas galoparon
 sin dar paz a riñones ni a caderas;
 mas luego que la nona comenzaron
 paró la moza sus asentaderas,
 porque la pobre ya más no podía.
 ¡Tan duro y firme el frayle lo tenía!
 En fin, al ser de día, el religioso
 corrió la posta trece por entero
 y de la moza el chisme cosquilloso
 puso como de patos bebedero.
 Ella, viendo el estado vigoroso
 del frayle, y en peligro su dinero,
 pretestando un aprieto no decente,
 salióse de la alcoba prontamente.
 Buscó y llamó en silencio a su criada;
 contóle del concierto el mal estado
 y qué ella no se hallaba para nada
 porque el frayle la había derrengado,
 mas que, por no quedar avergonzada,
 el recurso que había imaginado
 era que sin chistar corriendo fuera
 y en la cama con él se zambullera.

Una yesca encendía el frayle en tanto,
 y el pedernal con lumbre brilladora
 a la criada al entrar dió tal espanto
 que, volviéndose, dixo a su señora:
 —¡Ay, que es su aquél como un brazo de santo!
 ¡Lo he visto y no me atrevo a entrar ahora,
 pues a lo tieso al frayle se le junta
 que le está echando fuego por la punta!





LA ORACIÓN DE SAN GREGORIO

Un cura y su criada en una aldea
la noche de difuntos
se calentaban juntos
al fuego de una grande chimenea.
La doncella era joven y graciosa
tanto como inocente,
y el cura un hombre ardiente
de barriga y gordura prodigiosa,
porque siempre estos bienaventurados
son de salud por el Señor colmados.

Al ir al dormitorio,
la muger dixo al cura, compungida:
—¡Ay, señor! Estarán en la otra vida
almas del Purgatorio

esta noche esperando
los sufragios que allí vayan llegando
de unas y de otras gentes,
para subir al Cielo,
y, aunque he rezado yo por mis parientes,
no sé si este consuelo
lograrán por mis cortas oraciones,
porque esto también anda en opiniones.—
—Cierto (la dixo el cura, suspirando,
desnudo ya, subiéndose a la cama
y sus formas rollizas enseñando);
cierto que no hay sufragios suficientes
para sacar las ánimas benditas
de la llama cruel del Purgatorio,
si no es cierta oración de San Gregorio
que consigue indulgencias infinitas.
Cada vez que se reza por un alma,
sube al instante al Cielo con su palma;

mas no puede rezarse
sino entre dos al tiempo de acostarse.—

—¡Oh! Si en esto consiste
(respondió la doncella),
señor cura, por Dios que la recemos
entre los dos, y luego dormiremos;
iránse por mis padres aplicando

al tiempo de ir rezando.—

—Bien: aunque tengo sueño (dijo el cura),
lo haré porque te estimo;
acuéstate a mi lado
y no tengas cuidado
si en medio del fervor a tí me arrimo,
porque estas oraciones
tienen su ahogo y sus espiraciones.—
Con arreglo a las tales circunstancias,
rezaron juntos la oración primera,
que se aplicó a la madre
de la pobre soltera,
y ella exclamó: «Prontito por mi padre
recemos, señor cura, que no dudo,
por el placer que el rezo me ocasiona,
que mi madre en el Cielo se corona.—
Como mejor se pudo,
(y a fe que bien lo hicieron)
después rezando fueron
por los tíos, hermanos
y parientes lejanos
de que se fué acordando la mozuela,
y en fin solo un abuelo
faltaba de tan larga parentela
que conducir al Cielo.

El cura, ya cansado
porque había salvado
con su santa faena
diez ánimas en pena,
por más que se afanaba,
se encendía y sudaba
y mil esfuerzos con vigor hacía,
arrancar aquel muerto no podía;
y la moza, notando
esta falta, le dijo: —¿Qué? ¿Mi abuelo
no ha de subir al Cielo?—
A que respondió el cura desmontando:
—No, porque él no rezaba a San Gregorio.
Déjalo que se esté en el Purgatorio.



de que Naturaleza
le había dado suficiente pieza.
Quién decía:—Yo más de cuarta tengo—;
quién:—Yo una tercia larga la prevengo—;
y un oficial mostró por cosa rara
un soberbio espigón de media vara.
Tan grandes dimensiones iba viendo
la madre y a los novios despidiendo,
diciéndoles:—Mi niña quiere un hombre
que con tamaños tales no la asombe:
un marido de medios muy escaso;
y así, ustedes no sirven para el caso.—

Corrió en breve la fama
del extraño capricho de esta dama,
hasta llegar a un pobretón cadete
que luego que lo supo se promete
vivir en adelante más dichoso
llegando con astucia a ser su esposo.

Presentóse en la casa
y, lamentando su fortuna escasa,
dixo que hasta en las partes naturales
eran sus medios en pobreza iguales.

Oyendo esta noticia,
la madre le acaricia,
y, como tal pobreza la acomoda,



LOS NUDOS

Casarse una soltera recelaba,
temiendo el grave daño que causaba
el fuerte ataque varonil primero
hasta dexar corriente el agujero,
La madre, que su miedo conocía,
si a su hija algún joven la pedía
con el honesto fin del casamiento,
procedía con tiento,
sin quitarle del todo la esperanza,
hasta que en confianza
al galán preguntaba sigilosa
si muy grande o muy chica era su cosa.
Luego que esta cuestión qualquiera oía,
alarde al punto hacia

el cadete en seguida hizo la boda.
 Ajustada conforme a su deseo,
 en la primera noche de himeneo
 se acostó con su novio muy gustosa,
 sin temor, la doncella melindrosa;
 mas, apenas su amor en ella ensaya,
 quando enseñó el cadete un trastivaya
 tan largo, tan rechoncho y desgorrado,
 que mil monjas le hubieran codiciado.
 La moza, al verlo, a todo trapo llora;
 llama a su madre y su favor implora,
 la que, en el cuarto entrando
 y de su yerno el cucharón mirando,
 empezó del engaño a lamentarse
 diciendo que le haría descasarse;
 y el cadete, el ataque suspendiendo,
 así la habló, su astucia defendiendo:
 —Señora suegra, en esto no hay engaño;
 yo no le haré a mi novia ningún daño,
 porque tengo un remedio
 con que el tamaño quede en un buen medio.
 Déme un pañuelo: me echaré en la cosa
 unos nudos que escurran, y mi esposa,
 según que con la punta yo la incite,
 pedirá la ración que necesite.

Usté, que por las puntas el pañuelo
 tendrá para evitar todo recelo,
 los nudos, según pida, irá soltando
 y aquello que la guste irá colando.—
 No pudiendo encontrar mejor partido,
 abrazaron las dos el prevenido:
 al escabullo encaxan el casquete,
 y la alta empresa comenzó el cadete.

Así que la mocita
 sintió la titilante cosquillita,
 a su madre pidió que desatara
 un nudo, para que algo más entrara.
 Siguieron la función según se pudo,
 a cada golpe desatando un nudo,
 hasta que al fin, quedando sin pañuelo

el potente ciruelo
 dentro ya del ojal a rempujones,
 apenas ver dexaba los borbones.
 Mas ella, no saciando su apetito,
 decía:—¡Madre, quite otro nudito!—
 A que exclamó la vieja, sofocada:

—¡Qué nudo ni qué nada!
 Ya no queda ni nudo ni pañuelo;
 que estás con tu marido pelo a pelo.—
 —¡Cómo! (la hija respondió furiosa).

¿Pues qué hizo usté de tan cumplida cosa?

¡Ay! Dios se lo perdone:
siempre mi madre mi desdicha fragua;
todo lo que en las manos se le pone
al instante lo vuelve sal y agua.



LA LIMOSNA -

A pedir la limosna acostumbrada,
a una gránja del pueblo separada,
llegó un fornido lego franciscano,
y encontró de carácter muy humano
a una viuda y joven labradora
que era de aquella granja la señora.
Ésta, luego que vió tan colorado
al lego, tan robusto y bien tratado,
sintió cierta pasión picante y viva
que aumentó su virtud caritativa.
Echóle en las alforjas varias cosas
al paladar gustosas,
con que los reverendos regalones
suelen regodearse en ocasiones,

y, ya muy bien provisto por su mano,
le dixo al irse:— ¿Quiere más, hermano?
—Quiero lo que me den (respondió el lego);
mas lo que haya de ser démelo luego,
porque quien pronto da y sin intereses
hace una buena acción y da dos veces.—
—Pues voy a darle (replicó la hermana)
un velloncito negro de mi lana,
que le puede servir de cabecera
quando se quede del convento fuera.—
Con efecto, le trajo un velloncito
muy negro, muy rizado y peinadito,
que el lego recogió con gran sosiego,
queriendo marchar luego,
diciendo —*¡Señor por Dios!*—según costumbre,
sin que el nuevo regalo diese lumbre.
Mas la viuda, cogiéndole la punta
del cordón, le detiene y le pregunta,
afable y cariñosa,
si no necesitaba de otra cosa.
A que él dixo: —No habrá nada que sobre
á mi comunidad, porque es muy pobre,
y de todo, hermanita,
la orden de San Francisco necesita.—
Mientras esto pasaba,

una gallina dentro cacareaba
y la viuda al lego dixo:— Espere,
hermano, y llevará si lo quisiere,
pues por mayor regalo se lo ofrezco,
de mi pollita blanca un huevo fresco.—

—Hermana, uno no basta
(dijo el lego); que cada frayle gasta,
para su provisión, por todo el año,
un par de huevos y de buen tamaño.—
La labrador entones junto al lego
se arrima con más fuego
y, sin andarse en otros perendengues,
le dice cariñosa, haciendo dengues:
—Pues, hermano, que tome le aconsejo
para regalo suyo este conejo.—
—No lo gasto tampoco; mas no obstante
(el lego la responde), aquí delante,
pues es limosna, engánchele al momento:
le llevaré al guardián de mi convento,
que lo suele comer muy a menudo
aunque tenga sus pelos y esté crudo.



A ROMA POR TODO

Un payo a confesarse a Madrid vino
por ver si un reverendo capuchino
que de gran santidad fama tenía,
de sus grandes pecados le absolvía.

Dirigióse al convento
de este varón sagrado
y le halló en el asiento
de su confesionario, rellanado,
absolviendo a sujetos diferentes
que tenían las caras penitentes.
Llegó al payo su vez y, arrodillado,
—Padre (le dice), mi mayor pecado,
que me pesa en extremo
porque mil veces temo
por esta causa verme condenado

sin que la paz de Dios nunca recobre,
es tener la desdicha de ser pobre.—

—¿Y a ello pecado llama?
Cristo amó la pobreza (el frayle esclama)
y esa no es culpa.—

—¡Ay, padre! (el payo dice),
es que, como yo soy tan infeliz,
mi muger y mi madre,
mis tres cuñadas mozas y mi padre
para vivir tenemos un cuartito
no más, porque yo estoy muy pobrecito.—
—Vamos (le manda el frayle), hijo, prosiga,
que todavía en vano se fatiga.—
—Allá voy (siguió el payo, suspirando);

pues, como iba contando,
uná cama háy no más en esta pieza
para tantás personas; mi pobreza
no permite tampoco que tengamos
ninguna luz cuando nos acostamos,
y así yo, equivocado,
muchas veces á oscuras he topado
en vez de mi muger, ¡ay!, con mi madre,
y otras veces... ¡Ay, padre,
será fuerza ir a Roma
si de absolverme el cargo no se toma!—

Aquí, mientras el payo suspiraba,
el fráyle se encogía y encerraba
en el confesionario, y luego dixo:

—Acaba pronto, hijo,
mientras que yo en seguro me acomodo,
porque, como ahora estás tan agitado
y aquí no hay luz, con ese pobre modo
puedes topar conmigo equivocado.—

—No haré (replicó el payo),
que huele a capuchino vuestro sayo;
pero a mí me han perdido
las equivocaciones:
sin luz, medio dormido,
he compuesto en diversas ocasiones,
lo mismo que a mi madre á mis cuñadas,
y todás cuatro están embarazadás.

Si el cargo no se toma
Su Reverencia, padre, de absolverme,
me costarán mis culpas ir a Roma
y no sé en mi pobreza cómo hácerme.—
A lo que dixo el frayle:— ¡Pobrecito!
Todavía no es tiempo. Corre, hijito;
vé y compón a tu padre, y de este modo
irás a Roma de una vez por todo.



EL RESFRIADO

Montada en la trasera de su mulo,
a una pobre aldehuela
llevaba un arriero a una mozuela,
la qual, con disimulo,
o por flato o por malos alimentos,
solía soltar envenenados vientos.
Iba estando el arriero sofocado
del mal olor, y díxola enfadado:
—Mira que quando des en afloxarte
de esa suerte, no tienes que quexarte
si me aburro y te apeo
y encima de tí un rato me recreo,
porque el flato se cura en ocasiones
con ciertas lavativas a empujones.—

La mozuela calló atemorizada;
 pero, como la pobre iba cargada,
 por más que se encogía,
 el ayre a su pesar se le salía,
 y así, al primer rumor extraordinario
 que escuchó el arriero temerario,
 la baxó diligente,
 la tendió prontamente
 y, para dar remedio a su fatiga,
 la estrujó cuerpo a cuerpo la barriga,
 quedando él más ligero
 y ella mucho mejor del flato fiero.
 Concluyóse, siguieron caminando,
 y la moza también de quando en quando
 siguió echando gerundios garrafales,
 los que nuestro arriero, por sus males,
 apenas escuchaba,
 quando otra vez de nuevo la estrujaba.
 Tanto usó del remedio,
 que al hombre al fin le vino a causar tedio,
 y, aunque con más estruendo ella espelía
 el viento, el arriero ya no oía;
 y la muchacha, al ver que su costumbre
 no daba entonces lumbre,
 le dixo: —Ay, Dios! ¡Tío Juan, que me he afloxado,

¿No oye usté qué rumor se me ha escapado?
 Detengamos el mulo
 y póngame en el suelo.—
 A lo que él respondió volviendo el culo:
 —Estoy ya resfriado y no te huolo.





EL ONANISMO

Un zagalón del campo,
de estos de «Acá me zampo»,
con un fraile panzón se confesaba,
que anteojos gastaba
porque, según decía,
de cortedad de vista padecía.
Llegó el zagal al sesto mandamiento,
donde tropieza todo entendimiento,
y dixo: —Padre, yo a muger ninguna
jamás puse a parir, pues mi fortuna
hace que me divierta solamente,
cuando es un caso urgente,
con lo que me colgó Naturaleza,
y lo sé manexar con gran destreza.—

—¿Conque contigo mismo
(dice el fraile, enojado)
en un lance apretado

te diviertes usando el onanismo?—

—No, padre (el zagal clama);
no creo que es así como se llama
mi diversión, sino la...

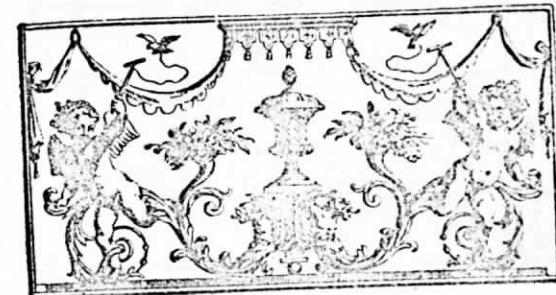
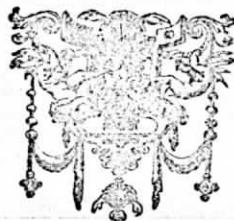
—Calla, hombre
(dice el fraile); yo sé muy bien el nombre
que dan a esa vil treta,
infame consonante de retreta.

—Tú no sabes que fué vicio tan feo
invención detestable de un hebreo,
y que tú, por tenerlo, estás maldito;
del Espíritu Santo estás proscrito;
estás predestinado
para ser condenado;
estás ardiendo ya en la fiera llama
del Infierno, y...?—

—¡No más! (el mozo esclama,
queriendo disculparse).

Esta maña no debe graduarse
en mí de culpa, padre. Yo lo hacía
porque veo muy poco, y me decía
mi primo el sastre que se le aclaraba

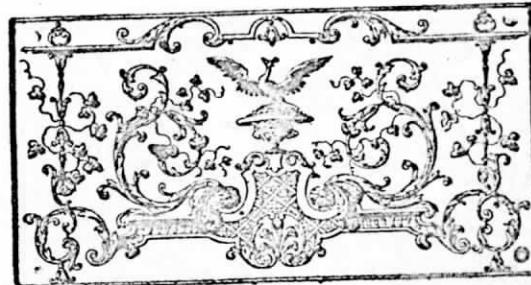
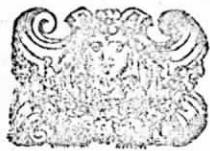
la vista al que retreta se tocaba .—
 Aquí con mayor ira
 el frayle replicó: —¡Todo es mentira!
 Si fueran ciertos esos formularios,
 las pulgas viera yo en los campanarios.



LA PAGA ADELANTADA

Una soltera muy escrupulosa
 casarse rehusaba,
 y decía a su madre que pensaba
 que hacer la mala cosa
 aun después de casada era pecado.
 Un bigardón del caso fué informado,
 y, habiéndose en la casa introducido
 y hallándose querido,
 pidió a la niña luego en casamiento.
 Ella el consentimiento
 dió con la condición de que tres veces
 en la primera noche se lo haría
 por ponerla corriente, y seguiría
 luego una sola vez todos los meses.

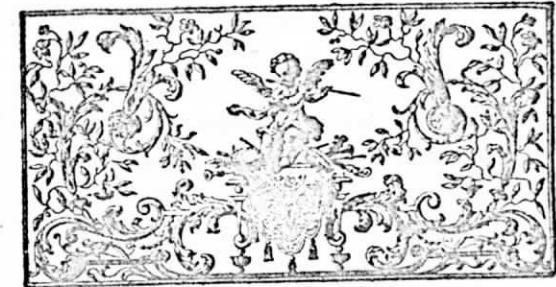
Hízose al fin la boda
y, de la noche ya llegado el plazo,
la muchacha tres veces, brazo a brazo,
sufrió, sin menearse, la acción toda.
Concluyó el fuerte mozo su trabajo
y durmióse cansado; ella, impaciente,
andaba impertinente
volviéndose de arriba para abajo,
hasta que él acabó por despertarse
y horaño dixo:— ¡Hay tal cosquillería,
que por dos veces ya me has despertado!—
Y ella esclamó, acabando de arrimarse:
—¿Me quieres dar un mes adelantado?



LAS TIXERAS DEL FRAYLE

Yéndose a confesar cierta criada,
muy joven, inocente y agraciada,
con un frayle gerónimo extremeño,
más bravío que toro navarreño,
la sucedió un percance vergonzoso
digno de ser sabido por chistoso.
Hizo su confesión la tal sirviente
como la hace qualquiera penitente,
con profunda humildad y abatimiento,
y pasó en blanco el sesto mandamiento.
Notando el confesor el raro brinco,
la preguntó con luxurioso ahínco
por qué el santo precepto se saltaba
sin decir de qué y cómo se acusaba;
a lo que ella responde llanamente:
—Nunca he pecado en él, ni venialmente.—
Ante tan gran rareza,

miróla de los pies a la cabeza
el frayle, y pensó al punto: —O yo estoy loco,
o esto no es de perder, pues de esto hay poco.—
Siéntese con la cosa ya alterada
y, echando por la iglesia una ojeada,
notó que había en ella poca gente
y discurrió un diabólico expediente.
No hallando en qué imponerla penitencia,
pues la moza era un pozo de inocencia,
la dice: —¿Y cómo, siendo tan hermosa,
no pone más cuidado en ser curiosa?
Ese pelo, ¿por qué no está atusado?
Esa cara, ¿por qué no se ha lavado?
¿Y qué diré al mirar uñas tan fieras?
¿Acaso es que en su casa no hay tixeras?
Pues, para que haga lo que la prevengo,
voy a darla unas finas que aquí tengo.—
Agárrala una mano y la dirige
sin más ni más a donde tiene el dige
y, estando ya la hornilla preparada,
en quanto tropezó se halló mojada.
Retira el brazo, llena de sorpresa,
limpiándose la goma a toda prisa,
y el frayle la pregunta: —¿Te has cortado?
Pues ya hace un mes que no se han amolado.



QUALQUIERA COSA

Una noche de enero,
estaba calentándose al brasero
una joven casada,
la ropa a las rodillas remangada,
porque así no temía
quemarse en tanto que labor hacía.
De este modo esperaba a su marido,
que era un pobre artesano,
mientras entretenido
un chico que tenía, por su mano
castañas en la lumbre iba metiendo
y el resollo con ellas revolviendo.
Así agachado, de su madre enfrente,
asaba diligente

una y otra castaña,
quando, la vista alzando descuidado,
vió con admiración cierta montaña
de pelo engrafillado,
con que se coronaba y guarnecía
un ojal que su madre allí tenía.

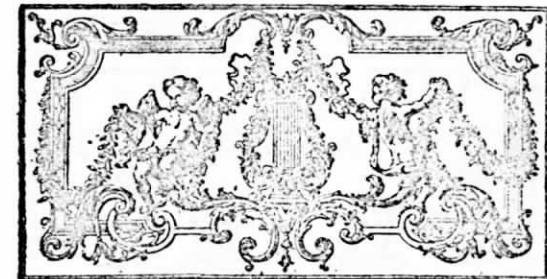
Con tal visión se puso
el muchacho confuso;
mas queriendo, curioso,
saber si en aquel sitio tenebroso
alguna trampantoja se escondía
y qué hondura tenía,
po quirrito a poco, aunque con miedo,
se fué acercando, y... ¡zás!, la metió el dedo.
Respingóse la madre, y dió un chillido
por no estar su agujero prevenido
para esta tentadura inesperada,
y al dexar, agitada,
su silla, tropezó con el puchero
del guisado, y vertióle en el brasero.
El muchacho, que vió con sobresalto
arruy.nada la cena por el salto,
dixo: —De qué se asusta, madre mía,
si era yo quien el dedo la metía?
Dígame usté: ¿qué es eso

que tiene entre las piernas tan espeso?—
—¿Qué te importa? (le dixo muy rabiosa
la madre). Eso será... qualquiera cosa.

¡Miren qué travesura!
¡No es mala tentación de criatura
buscárle las cosquillas a su madre
para que sin cenar dexé á su padre!
Ya verás, quando venga y se lo cuente,
qué lindá zurrá te dará en caliente.—

El chico, temeroso,
la pidió que callase,
pues jamás volvería a ser curioso
como a su padre nada le contase,
y la madre, por fin desenojadá,
quando vino el m árido
le refirió que el gato había vertido
la cena preparadá,
derribando el puchero
que estaba calentándose al brasero.
El hombre, que la amaba,
aunque no le gustaba
quedárse sin cenar, como a su hijo,
—¡Qué hemos de hacer! (la dixo).
Por esta noche, esposá,
cenaremos los tres qualquiera cosa.—

Apenas el muchacho hubo escuchado
esta resolución, quando, agitado,
de tal suerte gemía,
que le preguntó el padre qué tenía.
Y el chico, con mayores desconculos,
respondió en voz llorosa:
—¡Yo no quiero cenar qualquiera cosa,
padre, que está mojada y tiene pelos!



EL CAÑAMÓN

Cierta viuda, joven y devota,
cuyo nombre se sabe y no se anota,
padecía de escrúpulos de suerte
que a veces la ponían a la muerte.
Un día que se hallaba acometida
de este mal que acababa con su vida,
confesarse dispuso,
y dixo al confesor: —Padre, me acuso
de que ayer, porque soy muy guluzmera,
sin acordarme de que viernes era,
quité del pico a un tordo que mantengo,
jugando, un cañamón que le había dado
y me lo comí yo. Por tal pecado
sobresaltada la conciencia tengo

y no hallo a mi dolor consuelo alguno,
al recordar que quebranté el ayuno.—

Díxola el padre: —Hija,
no con melindres venga
ni por vanos escrúpulos se afixa
cuando tal vez otros pecados tenga.—
Entonces, la devota de mi historia,
después de haber revuelto su memoria,
dixo: —Pues es verdad; la otra mañana
me gozó un frayle de tan buena gana
que, en un momento, con las bragas caídas,
once descargas me tiró seguidas
y, porque está algo gordo el pobreccillo,
se fatigó un poquillo
y se fué con la pena
de no haber completado la docena.—
Oyendo semejante desparpaxo
el cura un brinco dió, soltó dos coces,
y salió por la iglesia dando voces
y diciendo: —¡Caraxo!
¡Echarla once, y no seguir por gordo!
¡Ese sí es cañamón y no el del tordo!



LA LINTERNA MÁGICA

Un novicio tenía en su convento
el entretenimiento,
quando a solas estaba,
de tocarse el guión que le colgaba,
porque, como del claustro no salía,
gozar de otros placeres no podía.
Sorprendióle en sus sucios exercicios
una vez el maestro de novicios,
y el converso, turbado,
queriendo se ocultase su pecado,
imploró la piedad del reverendo,
el qual así le dixo sonriendo:
—Hermano, yo conozco la flaqueza
de la naturaleza;

sé que en esta mansión de santa calma
la carne nos domina cuerpo y alma,
y a perdonar su culpa me acomodo;
pero quiero me diga de qué modo
puede hacerse ilusión consigo mismo,
pues, aunque usaba yo del onanismo
cuando era mozalbete sin dinero,
luego que descubrí cierto agujero
que tienen las mugeres,
sólo con ellas pude hallar placeres.—
El novicio, admirando la clemencia
de su maestro, así a Su Reverencia
le descubre el secreto,
diciéndole: —Maestro, en un aprieto,
es mi imaginación ardiente y viva
quien me ayuda a la parte sensitiva,
porque, en las ilusiones que me ofrece,
una linterna mágica parece.
Verbi gratia: figúrôme que veo
pasar con luxurioso contoneo
a la Ojazos, y esclamo: «¡Ay, Dios! ¡Qué hermosal!»;
y empuño, como veis, luego mi cosa
dándole... uno... dos... tres... golpes de mano
que a la Ojazos dedico muy ufano.
Después digo: «Ahora pasan las Trapitos

con melindres y adornos esquisitos;
¡qué morenas que son...! ¡qué provocantes!;
y a su salud van dos pasavolantes.
Luego pienso: «Allá va la Zapatera,
que un mar de tetas lleva en la pechera.
¡Ay!, ¡qué gorda!, ¡qué blanca!, ¡qué aseada!,
¡qué pierna se la ve tan torneada!
Bien merece su garbo soberano
la dedique seis golpes de mi mano:
uno... dos...»—

Aquí el frayle, que veía
que el novicio a lo vivo proseguía
su cosa golpeando
y que ya de la cuenta iba pasando,
le dixo: —Espere y, ya que así se aplica,
dígame a quién dedica
de su linterna mágica el pecado.—
A que el novicio respondió siguiendo
su negocio, y la obra concluyendo:
—¡Ay, padre! Pues pasó la Zapatera,
esta va a la... ¡qué gusto!... a la qualquiera.



EL ¿PUES Y QUÉ?

A un alcalde de corte a presentarse
fué una muger, diciendo iba a quexarse
de que el débito santo la mermaba
su marido y jamás la contentaba.
El alcalde mandó que al otro día
ante su señoría
los dos se presentasen en la audiencia,
donde recibirían su sentencia;
y, después de cenar, de sobremesa
refirió a la alcaldesa
la quexa que, pendiente
ante su tribunal, al día siguiente
debía sentenciarse,
con que pensaba lindamente holgarse.
La alcaldesa también quexosa estaba
del alcalde en el punto de que hablaba,
pues, aunque ella solía acariciarle

JARDÍN DE VENUS

151

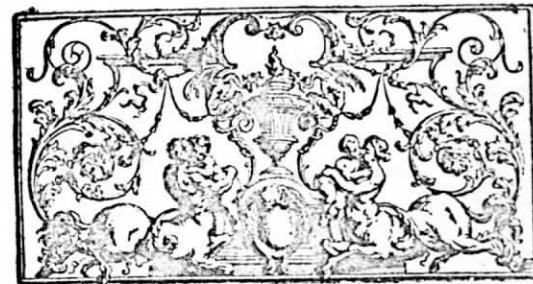
siempre que la golilla le ponía,
no lograba ablandarle
y aun golilla en la cama mantenía.
Por lo mismo, curiosa determina
escuchar de esta quexa la sentencia,
y al otro día se escondió en la audiencia,
muy temprano, detrás de una cortina.
Entró el alcalde; luego, el matrimonio;
y, para dar de todo testimonio,
después, el escribano
con semblante infernal y pluma en mano.
Quando la acusación oyó el marido,
de cólera encendido,
se volvió a su muger y de esta suerte
la dice sofocado:—Es cosa fuerte
que pongas mi potencia en opiniones,
sabiendo bien que en todas ocasiones,
apenas en la cama estás metida,
quando enristro y te pego mi embestida. —
A lo que ella responde desdeñosa:
—¿Pues y qué?—

Y él siguió:—Pues a otra cosa;
¿negarás que también cuando amanece,
hora en que todo humano miembro crece,
contra tus partes gravemente juega

y el peregil con profusión te riego?—
—¿Pues y qué?—

Y el marido proseguía,
viendo que a su muger no convencia:
—¿Y acaso negarás que por las siestas,
a pesar del calor, te hago mil fiestas
y que el ataque entonces, aunque largo,
no abandono jamás si no descargo?—
A que la muger dice, haciendo un gesto:
—¿Pues y qué?—

Pero apenas dixo esto,
quando de pronto se mostró en la sala
la alcaldesa esclamando:—¡Enhoramala
váyase la insolente de la audiencia
antes que se me apure la paciencia
y mande que la azoten como a Cristo!
¿Hay mayor desvergüenza? ¿Quién ha visto
con tal superchería
muger de poluciones más avara?
Yo soy una alcaldesa y cada día
con sólo un *¿pues y qué?* me contentara.



EL MODO DE HACER PONTÍFICES

Un joven arriscado
de una soltera estaba enamorado
y el tiempo que a su lado estar podía
el dedo la metía
para saciar de amor su ardiente llama
sin que pierda su fama,
y ella, en tanto, la mano deslizando
por baxo de la capa
(que es quien urgencias semejantes tapa),
manexándole aquéllo, cariñosa,
le sacaba la savia pegajosa.

A este entretenimiento
puso fin de la Iglesia el cumplimiento;
fue a confesar el joven, cabizbajo,

y, contándole al fraile su trabajo,
en vano se disculpa
pues Su Paternidad siente que es culpa
su diversión muy grave,
y en tono de sermón dice que sabe
que el Espíritu Santo
maldice al hombre que con vicio tanto,
por su infame malicia,
en la tierra su jugo desperdicia
cuando, bien empleado en cuerpo humano,
quizá produciría
un obispo o pontífice romano;
y que si le absolvía
era con condición de que volviese
pasada una semana
enmendado de culpa tan liviana
y que lo mismo hiciese
la cómplice infeliz de su delito.
Pasó el tiempo prescrito
y el penitente presentóse ufano.
—Padre (le dixo), ya, por que no en vano
en la tierra se vierta la simiente
al tiempo que al salir se precipita,
mi amada, diligente,
la ha recogido en esta redomita,

que traigo pára que haga lo que quiera,
echándola a su gusto en cuerpo humano;
pero si mi opinión prevalecerá,
sólo haría un pontífice romano.

